

# TEODICEA.

## CAPÍTULO I.

### NOCIONES PRELIMINARES.

1. Llamo *teodicea* á la ciencia que trata de Dios en cuanto puede ser conocido por la razon natural.

2. La filosofia no es un vano entretenimiento, es una ciencia grave; y no lo fuera si no nos condujese á un resultado. Entre estos el mas importante es el del conocimiento de Dios. Antes de pasar adelante echemos una ojeada sobre lo que hemos recogido en los estudios que preceden. Para levantar un edificio sólido, asegurémonos de la firmeza del suelo en que echamos los cimientos.

3. Las investigaciones de la estética, ideología y psicología nos han conducido á los siguientes resultados :

1°.

El sujeto de nuestros fenómenos internos es una sustancia simple, sensitiva, inteligente y libre.

2°.

Hay fuera de nosotros un mundo corpóreo, ó sea un conjunto de sustancias extensas; sujetas á leyes constantes que las conservan en orden y armonía en medio de sus continuas variaciones.

3°.

Una parte de materia organizada está unida á nuestra alma formando lo que llamamos nuestro cuerpo. Este se halla some-

TEODICEA.

323

tido á las leyes del mundo corpóreo, y además ligado con nuestro espíritu, sobre el cual influye y de quien á su vez recibe influencia.

4°.

Nuestras ideas tienen un valor subjetivo y objetivo; es decir, que no solo valen para los hechos que están en la misma alma, sino que tambien nos pueden conducir legitimamente, y en efecto nos conducen, al conocimiento de lo que hay fuera de nosotros.

5°.

Aunque nuestras ideas se exciten por medio de las sensaciones, se distinguen esencialmente de ellas, y tienen un valor legítimo fuera del órden sensible.

6°.

La base de nuestras relaciones sensibles con el mundo corpóreo, es la idea de la extension.

7°.

La idea fundamental de nuestro espíritu es la de *ser*. Esta, combinada con la de *no ser*, engendra el principio de contradiccion: cimiento indispensable para todo conocimiento, condicion inseparable de todo cuanto hay y puede haber, así en el órden ideal como en el real.

8°.

La extension, la sensibilidad activa, la inteligencia y la voluntad, son para nosotros objeto de intuicion.

9°.

Todos los espíritus humanos tienen una ley comun, llamada razon: esta se forma de un conjunto de instintos intelectuales irresistibles y de verdades evidentes.

## 40°.

Tenemos idea de sustancia: la razón, en el orden puramente ideal, nos enseña la posibilidad de que haya muchas sustancias; y combinada con la experiencia interna y externa, nos atestigua que en efecto las hay.

## 41°.

Tenemos idea de la contingencia y de la necesidad. La experiencia nos enseña que hay seres contingentes; y la razón demuestra que ha de haber algo necesario.

## 42°.

La razón, en el orden puramente ideal, nos da las ideas de causa y efecto: y combinada con la experiencia interna y externa, nos cerciora de que estas ideas se hallan realizadas.

## 43°.

Tenemos también idea de lo infinito, y esta no es negativa sino positiva.

## CAPÍTULO II.

## EXISTENCIA Y ORIGEN DEL ATEISMO.

4. Ahora se nos presenta otra cuestión. Esta sustancia simple que siente, piensa y quiere dentro de nosotros; ese conjunto de sustancias extensas al que llamamos universo corpóreo, ¿dependen de algo que los haya producido? ¿Hay un ser autor de todas las cosas? La tristeza se apodera del corazón á la sola idea de que la ceguera y malicia de unos pocos hombres haga necesario un estudio serio y detenido para probar una verdad escrita en la tierra y en el cielo con caracteres tan claros y resplandecientes: caracteres entendidos con suma facilidad por todos los pueblos en todos tiempos y países; y que

al tratarse de Dios la filosofía haya de ser otra cosa que un cántico de amor y alabanza al supremo Hacedor, semejante al que entonan de continuo la tierra y el firmamento. Sin embargo, ello es cierto que hay hombres que niegan la existencia de Dios; ya que no en su entendimiento, al menos en su boca y corazón; y así la filosofía no puede prescindir del imperioso deber de confundir con sus irresistibles demostraciones á los que, teniendo su frente hundida en el polvo, la levantan de vez en cuando contra el cielo, y claman: « ¡No hay Dios! »

5. El mismo Rousseau ha dicho: « Tened vuestra alma en tal estado que pueda siempre desear que haya Dios, y no daréis jamás de esta verdad. » Este pensamiento es copia de ese otro de san Agustín: « Nadie niega la existencia de Dios, sino aquel á quien conviene que no le haya. *Nemo Deum negat, nisi cui expedit Deum non esse.* » « Yo quisiera, dice La Bruyere, encontrar un hombre sobrio, moderado, casto, justo, que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del alma: este, al menos, hablaría sin interés; pero un hombre tal no se encuentra. » (*Caractères*, cap. XVI.)

6. Consignado el origen del ateísmo, prescindiremos de si hay ó no verdaderos ateos: muchos autores opinan que es imposible que los haya: tanta es la claridad con que brilla la existencia de Dios. Por mas que esto sea harto difícil, preciso es no olvidar que el hombre, cuando obedece á sus pasiones, es capaz de los mayores extravíos: ¿y quién nos asegura de que Dios no permita que algunos lleguen á cegarse hasta tal punto, dejando entregados á su réprobo sentido á los insensatos que deseaban negarle? Para quien mal dijese la luz, ¿quisiere que no la hubiera, ¿podría excogitarse castigo mas adecuado que privarle de la vista? ¿Puede haber castigo mas formidable que el retirarse Dios del entendimiento del hombre y dejarle caer en la horrible creencia de que Dios no existe?

## CAPÍTULO III.

## DEMOSTRACION DE LA EXISTENCIA DE DIOS, COMO SER NECESARIO.

7. Existe algo : cuando menos nosotros ; aunque el mundo corpóreo fuese una ilusion , nuestra propia existencia seria una realidad. Si existe algo , es preciso que algo haya existido siempre ; porque si fingimos que no haya nada absolutamente , no podrá haber nunca nada : pues lo que comenzase á ser no podria salir de sí mismo ni de otro , por suponerse que no hay nada ; y de la pura nada , nada puede salir. Luego hay algun ser que ha existido siempre. Este ser no tiene en otro la razon de su existencia ; es absolutamente necesario , porque si no lo fuese seria contingente , esto es , podria haber existido ó no existido ; así pues no habria mas razon para su existencia que para su no existencia. Esta existencia no ha podido menos de haberla , luego la no existencia es imposible ; luego hay un ser cuya no existencia implica contradiccion , y que por consiguiente tiene en su esencia la razon de su existencia. Este ser necesario , no somos nosotros ; pues que sabemos por experiencia que hace poco no existíamos : nuestra memoria no se extiende mas allá de unos cortos años ; no son nuestros semejantes por la misma razon ; no es tampoco el mundo corpóreo , en el cual no hallamos ningun carácter de necesidad , antes por el contrario le vemos sujeto de continuo á mudanzas de todas clases. Luego hay un ser necesario que no es ni nosotros ni el mundo corpóreo ; y como estos , por lo mismo que son contingentes , han de tener en otro la razon de su existencia , y esta razon no puede hallarse en otro ser contingente , pues que él á su vez la tiene en otro , resulta que así el mundo corpóreo , como el alma humana , tienen la razon de su existencia en un ser necesario , distinto de ellos. Un ser necesario , causa del mundo , es Dios ; luego Dios existe.

8. Demos á este argumento una nueva forma.

Si existe algo ; existió siempre algo ; es así que existe algo : luego existió siempre algo.

Si no siempre hubiese existido algo , se podria designar un

momento en que no hubo nada ; si alguna vez no hubo nada , nunca pudo haber nada ; luego , si existe algo , existió siempre algo.

De la pura nada no puede salir nada : luego , si alguna vez no hubo nada no pudo haber nada.

Tenemos , pues , que existió siempre algo. Esto será necesario ó contingente : si es necesario llegamos ya á la existencia de un ser necesario. Si es contingente pudo ser y no ser , luego no tuvo en sí la razon de ser. Luego tuvo esta razon en otro ; y como de este otro se puede decir lo mismo , resulta que al fin hemos de llegar á un ser que no tenga la razon de su existencia en otro , sino en sí mismo , y que por consiguiente sea necesario. Luego de todos modos , partiendo de la existencia de algo , llegamos á la existencia de un ser necesario.

9. Se dirá tal vez que una cosa contingente , puede tener la razon de su existencia en otra contingente , y esta en otra , procediéndose hasta lo infinito ; pero esto es imposible.

Sea la serie *A, B, C, D, E, F*, etc., que deberemos suponer prolongada *a parte ante* hasta lo infinito. La existencia de *F* ha debido ser precedida por la de *E* ; la de *E*, por la de *D* ; la de *D*, por la de *C* ; la de *C*, por la de *B* ; la de *B*, por la de *A* ; y como *A* es tambien contingente , su existencia ha debido ser precedida por otro , y la de este por otro hasta lo infinito. Luego para que existiese *F*, han debido existir términos infinitos ; luego se ha debido acabar lo infinito ; lo infinito acabado ó finido es contradictorio , luego la supuesta serie infinita es de todo punto absurda.

10. Además , hay en contra de dicha serie otro argumento no menos concluyente. Si no hay mas que seres contingentes , no hay ninguna razon de la existencia de la serie : ponerla infinita es aumentar la dificultad ; pues que cuanto mas grande sea , mas de bulto se presentará la imposibilidad de su existencia , cuya razon no se halla en ninguna parte. Cada término de la serie por sí solo , no la hace necesaria ; tampoco puede darle este carácter el conjunto , pues que este conjunto no existe nunca , por ser esencialmente sucesivo : luego esa totalidad necesaria de seres contingentes es contradictoria. En cada momento dado , solo existe un término ; luego la totalidad no es nunca un ser real , sino concebido ; ¿ y quién puede

fundar en un concepto irrealizable la existencia de la realidad?

11. Comparense estos absurdos con la doctrina que admite un ser necesario, autor de todas las cosas. Con esta idea todo se aclara y explica: los seres contingentes no tienen la razón de su existencia en sí propios, sino en Dios. El ser necesario y eterno, es quien les ha dado la existencia y quien se la conserva con su omnipotente voluntad. (V. *Filosofía fundamental*, lib. x, cap. i y ii.)

#### CAPÍTULO IV.

##### DEMOSTRACION DE LA EXISTENCIA DE DIOS COMO CAUSA DE LA RAZON HUMANA.

12. La comunidad de la razón humana suministra otra demostración de la existencia de Dios. Sea cual fuere el modo con que se desenvuelven en nosotros las ideas, es cierto que hay algunas verdades comunes á todos los hombres. Tales son las aritméticas, geométricas, metafísicas y morales. No es necesario ponerse de acuerdo para convenir en que seis y tres hacen nueve; que los diámetros de un círculo son iguales; que el triángulo no puede ser cuadrado; que no es posible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo; que es preferible la buena fe á la perfidia. Hay pues entre todos los hombres una comunidad de razón: algo que se presenta á todos, y del mismo modo. Ahora bien. ¿De dónde dimana esa comunidad de pensamiento? No de algun hombre en particular, porque es evidente que no hay ninguno necesario para que la verdad sea verdad: las proposiciones anteriores no dejarán de ser verdaderas, aunque nosotros dejemos de existir; luego esta comunidad de razón depende de un ser superior que nos ilumina á todos, que es el sol de las inteligencias, y que por tanto debe tener en sí propio la fuente de la luz.

13. Si se responde que todos los hombres ven ciertas verdades porque estas son conformes á la razón, encuentro en eso mismo una demostración nueva de la existencia de Dios. En efecto: ¿qué significa el ser ciertas verdades conformes á la razón? Se entiende que estas verdades sean cosas existentes

en sí mismas, por ejemplo que el axioma: el todo es mayor que su parte, sea una especie de idea existente en sí misma, flotante por el mundo, y que se vaya ofreciendo á todos los entendimientos? Claro es que no; y que este principio y otros semejantes son verdades puramente ideales, que solo existen en el entendimiento. Pues bien: ¿de dónde dimana la necesidad de estas verdades? ¿Acaso de nuestra razón? No; antes por el contrario, la verdad de nuestra razón depende de que se conforma á las mismas: ellas son la ley de nuestro entendimiento, y desde el momento en que las niega, se niega á sí propio, se convierte en un caos. Esta necesidad tampoco puede fundarse en las cosas: porque por ejemplo, la igualdad de los diámetros de un círculo no depende de la existencia del círculo: aunque no hubiese ninguno, sería verdadera la proposición en que esto se afirmase. Además, nuestro entendimiento asiente á dichas verdades de una manera absoluta, sin necesidad de consultar á la experiencia; las encuentra en sus propias ideas; allí ve un mundo cuya verdad es independiente de la realidad.

14. Luego hay en la esfera puramente ideal un orden de verdades necesarias cuya verdad y necesidad no dimana de nosotros, ni de los objetos á que se refieren: es así que esta necesidad y verdad han de tener algun fundamento, si no queremos decir que toda verdad es ilusión; luego existe una verdad fundamento de todas: luego hay una verdad en donde se hallan todas. Esta ha de ser real; porque la nada no puede ser fundamento y origen de la verdad y necesidad; ha de ser subsistente en sí misma, pues que las ideas no existen por sí solas, y deben estar en algun entendimiento. Luego hay una inteligencia, fundamento y origen de todas las verdades; luego este mundo ideal que se nos representa, es un reflejo de la verdad infinita que se halla en la inteligencia infinita. (V. *Ideología pura*, cap. XIII.)

## CAPÍTULO V.

DEMOSTRACION DE LA EXISTENCIA DE DIOS COMO ORDENADOR DEL  
UNIVERSO.

15. La asombrosa regularidad con que esas grandes moles que llamamos astrós recorren la inmensidad de los cielos, con precision matemática, y por espacio de tantos siglos, es una demostracion tan clara, tan convincente de la existencia de Dios, que en todos tiempos y paises ha fijado la atencion no solo de los filósofos sino tambien de los rudos. El ateo está condenado á no poder levantar los ojos al firmamento, sin leer escrita en grandiosos caractéres la reprobacion de su doctrina.

16. Descendiendo á la tierra encontramos un nuevo órden de hechos que nos atestiguan la existencia de un supremo Hacedor infinitamente sabio. ¡Qué riqueza, qué variedad, qué belleza y armonía en todas partes! Los filósofos, los oradores, los poetas de todos los siglos, han encontrado en las maravillas de la naturaleza un fondo inagotable para entonar al Autor de todas la cosas un cántico de admiracion y alabanza. ¿Quién ignora las magníficas páginas que la vista del universo inspiraba á Ciceron?

17. El cuerpo del hombre encierra tanto caudad de prevision y sabiduria, que él por sí solo bastaria para convencer de la existencia de un supremo Hacedor. A medida que la anatomía y la fisiología van adelantando, se descubren nuevos prodigios en la organizacion; y siempre con unidad de fin, con sencillez de medios, y con tal delicadeza de procedimientos que asombra al observador. Sirva de ejemplo lo que he dicho del ojo (*Estética*, cap. II); no obstante que la naturaleza de la obra me ha obligado á ceñirme á brevisimas indicaciones.

18. Son innumerables los escritos en que se demuestra la existencia de Dios, fundándose en las maravillas del universo; algunos sabios han tenido la feliz ocurrencia de limitarse á un solo punto; tomando respectivamente los astros, el agua, la lluvia, el trueno, la nieve, los minerales, las conchas, los insectos, los animales de todas clases; el corazón, el ojo, la

mano, la palabra: manifestando con cada uno de estos objetos la profunda sabiduria que preside á las obras de la creacion.

19. Los que niegan á Dios se verán pues condenados á los absurdos siguientes: que hay un órden admirable sin ordenador; una correspondencia de los medios con los fines, sin que nadie lo haya dispuesto; un conjunto de leyes fijas, constantes, que rigen el mundo con precision matemática, sin que haya ninguna inteligencia que las haya planteado ni concebido.

## CAPÍTULO VI.

DEMOSTRACION FUNDADA EN LA CREENCIA UNIVERSAL DEL GÉNERO  
HUMANO.

20. Todos los pueblos del mundo han reconocido la existencia de Dios: ¿cómo es posible que todos se hubiesen engañado? Esta creencia universal prueba que en el reconocimiento del supremo Hacedor están de acuerdo con la voz de la naturaleza, las tradiciones primitivas del linaje humano, quien ha conservado la memoria, aunque á veces desfigurada, de aquellos momentos en que el primer hombre salió de las manos del Criador, segun nos refiere el historiador sagrado. Aquí, la autoridad del sentido comun se halla con todos los caractéres que se han señalado para su infalibilidad: es una creencia irresistible, universal; sufre el exámen de la razon, y se liga con los fines naturales y morales. (V. la *Lógica*, lib. III, cap. I, sec. III.)

21. Examinemos las objeciones. La creencia en Dios ¿no podria ser efecto del espanto que causaron á los hombres ciertos fenómenos de la naturaleza, como el terremoto, la tempestad, el trueno, el rayo? Este argumento es de Lucrecio: *Primus in orbe deos fecit timor, ardua caelo fulmina dum caderent.*

Si solo hubiesen creído en Dios las tímidas mujeres, los niños, ó los pusilánimes é ignorantes, la dificultad seria menos fútil; pero cuando esta creencia la han tenido los hombres mas valerosos, los mas grandes naturalistas, y los filósofos mas eminentes, ¿cómo será posible atribuirle al miedo? Las preo-

cupaciones de la infancia de los pueblos se disipan cuando la civilización progresa; no sucede así en lo tocante á Dios; el salvaje se postra en medio de sus bosques para aplacar la ira del Ser supremo; y lo mismo hacen las naciones que han llegado á la cumbre de la civilización, riqueza y esplendor.

22. ¿Podría explicarse la creencia en Dios como efecto de la habilidad de los legisladores primitivos, quienes verían en esta doctrina un freno necesario para las pasiones?

Esta objeción, lejos de dañar, favorece; porque empieza por consignar un hecho importantísimo, cual es, que la creencia en Dios es el fundamento de la sociedad. ¿Qué error sería ese que fuera necesario para la conservación del orden social? Esto, por sí solo, ¿no es una demostración de que la existencia de Dios es una verdad? Pero respondamos directamente á la objeción.

¿Quién inspiró esta idea á todos los legisladores? ¿Por qué casualidad tan feliz coincidieron todos en tan útil ocurrencia? Una doctrina que impone deberes, que enfrena las pasiones, ¿cómo la pudieron hacer aceptable? ¿Cómo es que lograron engañar no solo á los ignorantes, sino también á los sabios? ¿Cuál es la razón de que un ardid de gobierno se convirtiese en objeto de contemplación y altas discusiones entre todos los filósofos de todas las escuelas? Para responder á estas preguntas basta el sentido común.

Además, los que sostienen tamaña paradoja están obligados á probarla; y como aquí se trata de hechos, es preciso que manifiesten dónde se hizo la feliz invención; ¿quién fué el astuto inventor; que señalen, siquiera en confuso, en qué época se concibió por la vez primera un pensamiento tan maravilloso. Esto les será imposible, porque en la cuna del mundo encontramos la idea de Dios; y parece tanto más viva, más fuerte, cuanto más nos acercamos al origen de las cosas. Ahí están de común acuerdo la historia y la fábula, la religión y la mitología; ahí están todos los monumentos en que se conservan, enteras ó desfiguradas, las tradiciones de los tiempos primitivos.

## CAPÍTULO VII.

## DEMOSTRACION SACADA DE LAS HORRIBLES CONSECUENCIAS DEL ATEISMO.

25. Las consecuencias morales del ateísmo son su refutación más elocuente. Sin Dios no hay vida futura, no hay legislador supremo, no hay nada que pueda dominar en la conciencia del hombre; la moral es una ilusión; la virtud una bella mentira; el vicio un amable proscrito á quien conviene rehabilitar. En tal caso, las relaciones entre marido y mujer, entre padres é hijos, entre hermanos, entre amigos, son simples hechos naturales que no tienen ningún valor en el orden moral. La obligación es una palabra sin sentido, cuando no hay quien pueda obligar: y faltando Dios no hay nada superior al hombre. Así desaparecen todos los deberes, se rompen todos los vínculos domésticos y sociales; solo deberemos atender á los impulsos de la naturaleza sensible, huyendo del dolor y buscando los placeres. ¿Quién no retrocede al ver destruida de este modo la armonía del mundo moral? ¿Quién no se consuela al reflexionar que esto es únicamente una hipótesis insensata? ¿Quién no siente renacer en su espíritu la luz y la esperanza, al pensar que Dios está en el origen de todas las cosas criándolo y ordenándolo todo con admirable sabiduría, promulgando las leyes del universo moral, y escribiéndolas con caracteres indelebles en la conciencia de la criatura inteligente?

## CAPÍTULO VIII.

## EXÁMEN DE LA HIPÓTESIS DEL ACASO.

26. Los que no admiten un Dios criador y ordenador de todas las cosas apelan á diferentes eflujos, que vamos á examinar.

La casualidad ó el acaso es el Dios de los ateos. Había en los

espacios una infinidad de átomos que revoloteaban sin orden ni concierto: unos en una dirección, otros en otra; mas por una feliz casualidad se dispusieron las cosas de tal modo, que los átomos se unieron en diferentes masas, formando los cielos y la tierra; y estas masas, por otra casualidad no menos feliz, tomaron el movimiento que vemos y que tanto nos admira. Esa explicación del orden que reina en el mundo, la combatió Cicerón en el libro *De natura deorum*, observando con mucha verdad que los filósofos que admitían tan absurda hipótesis no debían tener inconveniente en reconocer la posibilidad de que, arrojando al acaso innumerables caracteres de letra, resulten escritos en tierra los Anales de Ennio; y que si el fortuito concurso de los átomos pudo formar la tierra y el cielo, tampoco habría dificultad en que formase pórticos, templos, casas y ciudades, que por cierto son obras de menos entidad que la tierra con sus admirables producciones, y que el cielo con sus astros innumerables, de moles colosales y de movimientos rapidísimos ejecutados con una regularidad asombrosa.

25. Los ateos sustituyen á la realidad infinita, que es Dios, una palabra sin sentido: *el acaso*. ¿Qué es el acaso? ¿Es algún ser por ventura? ¿Cuál sera? Será sustancia ó accidente, cuerpo ó espíritu, criado ó increado. No; el acaso es nada; decir que las cosas han sido producidas y ordenadas por el acaso, equivale á decir que han sido producidas y ordenadas por nada. Examinemos á fondo el sentido de la palabra *acaso*.

Dos hombres, de los cuales el uno ignora por dónde anda el otro, se encuentran; hé aquí una casualidad. ¿Qué significa esta palabra? Nada mas que la ignorancia de ellos con respecto á su futuro encuentro. Pero este encuentro ¿tenía alguna causa? Indudablemente: la voluntad de cada uno que se dirigía al mismo punto; mas como este concurso era ignorado de los dos, le llaman casualidad. Un tirador dispara al acaso, y mata una fiera: hé aquí otra casualidad, que se llama con este nombre porque el tirador ignoraba que se hallase la fiera en la dirección del tiro. El suceso, sin embargo, tenía sus causas; cuales eran el haber disparado el tiro en aquella dirección, y el hambre, la necesidad de descanso, ú otro motivo que hubiese impulsado á la fiera á pasar por allí.

Los sucesos casuales tienen pues sus causas; y si les damos

el nombre de fortuitos, es porque ignoramos el concurso de las causas que los van á producir. Si pudiésemos abarcar de una ojeada el conjunto de las cosas, nada hallaríamos fortuito; y así es que para Dios que lo ve todo, no hay nada casual. A este propósito se suele aducir con mucha oportunidad el siguiente ejemplo. Dos hombres que suben simultáneamente á una altura por dos lados opuestos, tendrán por casual su encuentro en la cumbre; mas para quien estuviese arriba y los viese subir, el encuentro sería muy natural. De esto inferiremos que el acaso es una *idea relativa*, que solo expresa ignorancia de las causas que concurren á producir un efecto. Así pues, cuando los ateos dicen que el mundo ha sido producido y ordenado por el acaso, no hacen mas que emplear una palabra vacía de sentido, á la cual atribuyen sin embargo una obra tan estupenda.

26. Quien sostiene que una cosa ha sucedido por pura casualidad, debe convenir en que aquello podía haber sucedido de otras maneras: si al disparar un tiro se dice que por casualidad ha dado en un blanco, se entiende que con igual razón podía dar en otros puntos. Apliquemos esta doctrina al cuerpo del hombre.

¿Porqué los ojos están en la parte superior de la cara? Por casualidad, dirá el ateo; de suerte que podían estar en cualquier otro punto del cuerpo. ¿Porqué pues no salen muchas veces en la barba, en el pescuezo, en el pecho, en el vientre, en las piernas, en los pies, en la espalda, ó en la cima de la cabeza? Si todo es casualidad, si no hay una inteligencia que haya cuidado de ponernos los ojos en el lugar donde están: delante para que nos guiasen; en la parte superior, para que descubriésemos mejor los objetos; ¿porqué no nacen repetidas veces en otras partes del cuerpo? Siendo todo pura casualidad, resulta que el tener los ojos en el lugar conveniente es un negocio de lotería: ¿porqué pues todos los hombres, excepto alguna rarísima monstruosidad, sacan la bola que necesitan, y esto en todo el mundo, y por espacio de tantos siglos?

Suponiendo que una cabeza tenga solamente sesenta pulgadas cuadradas de superficie, resulta que hay la probabilidad puramente casual de situarse un ojo en una de ellas  $\frac{1}{60}$ , ó bien que hay la misma probabilidad que la de sacar una bola blanca, que estuviese mezclada con 59 negras. Considérese que no es

un ojo solo sino dos, los que se han de colocar en el sitio correspondiente; adviértase que en el cuerpo no hay solo la cabeza sino todos los demás miembros, donde podría igualmente situarse por casualidad el ojo; reflexiónese que la debida colocacion se efectúa continuamente en millones de individuos, y por espacio de miles de años; añádase que lo que se dice del ojo puede aplicarse al oído, al olfato, al gusto y á todos los miembros; y véase si cabe mayor absurdidad que la que tienen que devorar los que intentan explicar el mundo por el acaso.

Este argumento deja en el espíritu una convicción tan profunda que no es posible borrar ni debilitar. Conviene pues que los jóvenes se detengan en él; es sumamente fácil encontrar ejemplos en que se haga sensible el absurdo; con esto se recrea el ánimo y el entendimiento se afirma en la verdad.

27. En el universo, no hay solo el hombre: en la tierra hay los animales, los vegetales, los minerales; en el cielo, los astros que giran con asombrosa regularidad: ¿porqué pues todo está en orden? ¿Porqué la tierra da sus frutos bajo condiciones permanentes; porqué se suceden constantemente los días y las noches, y las estaciones; porqué no se perturba á cada paso el orden del mundo? Aun cuando supongamos que por un momento ha llegado la casualidad á constituir un orden, ¿porqué le conserva? ¿Cómo es que la misma no destruye su obra? Reflexiónese que el mundo no es un conjunto inmóvil, sino que está en perpetuo movimiento; siendo todo puramente casual, este movimiento debiera variar incesantemente el orden establecido: y se añaden absurdos sobre absurdos, diciendo que la constante repetición de los mismos fenómenos se hace por la misma casualidad á que se atribuye su origen.

## CAPÍTULO IX.

### HIPÓTESIS DE LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA.

28. Las fuerzas de la naturaleza constituyen otro efugio de los ateos: no pudiendo sostener que todo sea pura casualidad,

acuden á una fuerza secreta que ha ido produciendo sucesivamente todos los fenómenos del universo. Examinemos este sistema.

29. ¿Qué se entiende aquí por naturaleza? Sin el conjunto de los seres que componen el mundo se cae en un círculo vicioso; decir que las fuerzas de este conjunto han producido el universo, equivale á decir que el mundo se ha producido á sí mismo. Si se entiende por naturaleza una fuerza secreta que á todo comunique movimiento y vida; preguntaremos si esta fuerza en sí misma es un ser viviente y dotado de inteligencia; en cuyo caso se viene á confesar la necesidad de un principio inteligente, en lo cual fundamos nosotros una demostración de la existencia de Dios. Si á esta fuerza se la supone ciega, y obrando por intrínseca necesidad, preguntaremos ¿porqué una fuerza ciega es capaz de *guiar* el universo en un orden tan admirable?

30. Se dirá tal vez que esto sucede así, porque es necesario; pero semejante respuesta, en vez de desatar el nudo, le corta; no resuelve la dificultad, salta por encima de ella. Afirmer que una cosa sucede porque es necesaria, equivale á no decir nada: precisamente lo que se busca es la naturaleza y la razón de esta necesidad. Nosotros sostenemos que el orden supone un ordenador; que la correspondencia de los medios con los fines requiere una inteligencia que la haya concebido y dispuesto; los ateos dicen: hay orden, pero sin ordenador; hay correspondencia de los medios con los fines, mas no una inteligencia que lo haya concebido y dispuesto: las cosas son así porque son necesarias, esto es, son así, porque han de ser así; excelente discurso!

31. El sucesivo desarrollo de las fuerzas naturales produciendo nuevos seres en una gradación ascendente, es una ficción desmentida por la historia y por las ciencias naturales. Las especies se nos ofrecen como seres determinados, salidos enteros de la mano del Criador, sin que el tiempo, el clima y otras circunstancias alcancen á otro cambio que al de modificaciones muy ligeras. Los que sostienen esa transformación continua, debieran mostrárnosla en alguna parte con documentos históricos o en monumentos de la naturaleza. «La abeja», dice el sabio Wiseman, ha trabajado ardorosa é incesantemente en



el arte de hacer sus sabrosos panales, desde los tiempos de Aristóteles; la hormiga no ha dejado de construir sus laberintos desde que Salomón recomendaba su ejemplo; pero desde que describieron á unas y otras el filósofo y el sabio, hasta las excelentes investigaciones de Hubers, estamos seguros de que no han adquirido ninguna nueva percepción, ni ningún órgano nuevo para mejorar sus obras. El Egipto, que, como observó muy bien la comisión de los naturalistas franceses, nos ha conservado un museo natural, no solo en sus pinturas, sino también en las momias de sus animales, nos presenta cada especie después de tres mil años enteramente idénticas con las de hoy. » (*Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*, disc. 3.)

## CAPÍTULO X.

### EL PANTEISMO.

#### SECCION I.

##### Idea del panteísmo.

32. El panteísmo no es más que un ateísmo disfrazado. Afirmar que Dios es todo y que todo es Dios; que no existe más que una sustancia, y que todo cuanto vemos, aunque parezca múltiple, es una manifestación de la misma; en esto consiste el panteísmo; y esto es negar la existencia de Dios. Porque si Dios se confunde con la naturaleza, si forma con esta una misma y sola sustancia, no hay Dios en el verdadero sentido de este nombre; hay la naturaleza, hay una fuerza secreta que se desenvuelve bajo diversas formas, mas no un ser inteligente, libre, todopoderoso, infinito, distinto del universo, que es lo que entendemos por la palabra Dios.

33. Es preciso que los jóvenes no se dejen alucinar por ciertos escritores que, enseñando el panteísmo, hablan sin embargo

de Dios; este Dios de quien hablan es la sustancia que fingen única, en la que suponen que está todo, no como el efecto en su causa, sino como las modificaciones en el sujeto, como los fenómenos en el ser que los ofrece, como las formas en lo que se transforma. Libros se encuentran donde se prodigan á Spinoza los mayores elogios por haber perfeccionado la idea de Dios, como si el impio sistema de este filósofo no fuese una negación sistemática de Dios, como si no lo hubiesen comprendido así por la lectura de sus obras, los hombres más ilustres de su tiempo.

34. El explicar las varias fases que ha presentado el panteísmo pertenece á la historia de la filosofía; así en la actualidad me ceñiré á combatirle en su doctrina fundamental, que es la de la sustancia única.

#### SECCION II.

Doctrina de Spinoza. El panteísmo examinado en la región de las ideas puras.

35. «Entiendo por sustancia, dice Spinoza, lo que es en sí, y se concibe por sí; esto es, aquello cuyo concepto no necesita del concepto de otro.» Verdad es que en la idea de sustancia entra el de que no está inherente á otro, á manera de modificación; y que por lo mismo la sustancia es concebida por sí, esto es, sin necesidad de referirla á un sujeto; pero de aquí no se infiere que haya de ser única.

36. Oigamos á Spinoza. «No puede haber más que una sustancia. Si hubiese muchas, deberían ser conocidas por atributos diferentes, y entonces no tendrían nada común; porque como el atributo constituye la esencia de la cosa, dos sustancias de atributos diferentes no tendrían nada común, y la una no podría ser causa de la otra: pues para ser su causa debería contenerla en su esencia y producir efectos sobre la misma.» En verdad que no alcanzo dónde está ese rigor lógico que tanto ponderan en Spinoza los panteístas.

En primer lugar no hay contradicción en que haya muchas sustancias que tengan atributos semejantes en un todo: en este caso no habría diversidad entre ellas; pero sí distinción. Con-